

## LA FORMACIÓN DE EUROPA\*

Santos Juliá

El descubrimiento de los nuevos mundos provocó, entre los ilustrados europeos, la conciencia de pertenecer a una civilización singular, sin equivalente posible en toda la historia de la humanidad. Europa alcanzó tan alto grado de poder que la Historia no conoce nada comparable, escribió Montesquieu, en unos párrafos que contenían en germen lo que, después de él, se convertiría en un lugar común del pensamiento europeo: que esa singularidad entrañaba una superioridad en el grado de civilización y marcaba una tendencia evolutiva de carácter universal. Como lo definió, siglos después, Max Weber: sólo en occidente han nacido ciertos fenómenos culturales -ciencia, arte, música; arco de ojiva; literatura impresa; funcionario especializado- que parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez. Los europeos eran superiores porque habían llegado antes, o más exactamente, habían abierto la senda que conducía a la meta común de la humanidad.

Sea como historia conjetural de la humanidad al modo de Turgot o Smith, sea en la más dubitativa hipótesis científico-social de Weber, la peculiaridad/superioridad de Europa fue asunto que ocupó a algunos de los brillantes genios de esa civilización desde la Ilustración hasta la Gran Guerra. Montesquieu la definió, en contraste con Asia, como triunfo de la libertad frente al despotismo y Turgot, en contraste con América, como ascenso desde el primitivismo a la civilización. La extensión de las zonas templadas, con la oposición vecinal, cercana, de fuerte a fuerte, frente a la existencia de grandes imperios determinados por causas físicas, como las grandes llanuras sin barreras geográficas infranqueables, fue la primera formulación de un argumento que, de modo recurrente, vuelve a encontrarse en casi todas las explicaciones del "milagro europeo": la competencia entre estados ha garantizado un dinamismo económico que los grandes imperios generalmente han agostado. Un estado sujeto a la ley es, al final, un estado más fuerte que un estado despótico. Tal fue la lección de los ilustrados sobre la fuerza que había construido a Europa.

Europa apareció así como el espacio de la libertad y la historia de Europa ha llegado a definirse como historia de la libertad o, más exactamente, como historia del progreso de la libertad. Pues la otra gran corriente de pensamiento es la que tiene la causa de la peculiaridad europea en el hecho de que fue en Europa donde mejor, con más plenitud, pudo realizarse la ley natural del progreso de la humanidad. De la caza, por el pastoreo y la agricultura hasta llegar finalmente a la sociedad mercantil, el progreso no se define únicamente por la transición de una etapa de la evolución universal a la siguiente sino por una mayor complejidad de la estructura social. Europa se piensa así como la sociedad más desarrollada,

---

\* Publicado en *Revista de Occidente*, 157 (junio de 1994), pp. 7-20.

más libre porque es también la más compleja, la más civilizada, en la que más lejos ha llegado la división del trabajo.

El argumento ilustrado fue reelaborado por la más prosaica sociología del siglo XIX con la variada propuesta de una historia conjetural de la humanidad en tres fases o estadios y de una creciente complejidad, que hoy no ofrece más interés que el propio del desarrollo interno de un tipo de mirada sobre el pasado. Weber, sin embargo, fue otra cosa no ya porque se olvidó de las fases y se liberó del evolucionismo ingenuo que había infectado al pensamiento sociológico sino porque intentó identificar la diferencia por medio de la comparación sociohistórica. A partir de él, economistas, sociólogos e historiadores se emplearán en identificar la diferencia que explica el milagro europeo por medio de una comparación sistemática preferentemente con Asia, reelaborando, con una ingente acumulación de conocimientos, la tesis que está en el origen de la mirada de los europeos sobre su propia peculiaridad.

Si se quisiera definir con un solo concepto quizá habría que elegir el de William McNeill: la diferencia europea radica en su "incansable inestabilidad". La cuestión consistiría entonces en identificar los determinantes de esa peculiaridad. Y a este respecto parece producirse en las últimas décadas una especie de consenso a partir de diferentes puntos de partida: Landes, Jones, North, Mann, Wallerstein, con sus estudios del desarrollo tecnológico, de la economía, del poder o del capitalismo estarían de acuerdo al señalar como raíz de todo el proceso la conjunción de mercado mundial y de sistema multiestatal. Podría decirse de otro modo: empresa privada en un mundo de entidades políticas en competencia; o todavía: capitalismo y estado nacional. La relativa insularidad de la esfera económica respecto al poder político y la competencia, pacífica o bélica, de cada unidad política en un sistema multiestatal parecen ser las fuerzas que han configurado Europa. Algunos se remontan hasta las proximidades del año 1000 para entender el origen de todo el proceso.

#### LA MATRIZ ORIGINARIA: PROPIEDAD FRAGMENTADA Y SOBERANÍA PARCELADA

Hace mil años, Europa no existía, acaba de recordar Charles Tilly: sus 30 millones de habitantes carecían de razones para creer que formaban "un solo conjunto de gentes vinculadas por la historia y por un destino común". Una asombrosa variedad de unidades geográficas había sido el resultado de la brutal disolución de sociedades más antiguas por el hundimiento de los restos del Imperio Romano ante las invasiones bárbaras y por la desaparición del mundo mediterráneo ante el dominio árabe. Hacia el siglo VIII se había realizado ya la fusión de los componentes germánicos y romanos en una diferente organización social y política que sólo se estabilizará en pequeñas unidades fortificadas cuando los fenómenos recurrentes de invasión desaparezcan a finales del siglo X.

La matriz originaria de Europa fue, pues, una sociedad agraria, sobre un territorio particularmente fértil y susceptible de cultivos variados y complementarios, cuya base era la aldea o comunidad campesina alrededor de una fortaleza. En torno a esas unidades fortificadas se construyó un orden que era a la vez económico/social y político caracterizado en todas sus dimensiones por la fragmentación. Lo que allí aparece es una clase especial de productores unidos a los medios de producción por una relación social específica, la servidumbre, la sujeción de una multitud de campesinos a unos

señores poderosos que se manifiesta en el mismo proceso de producción por la obligación de cumplir ciertas exigencias económicas del señor, en forma de servicios a prestar o de obligaciones a pagar en dinero o en especie.

Una sociedad agraria dotada sin embargo de un potencial dinamismo interno debido a que el poder sobre la tierra estaba limitado por la fragmentación extrema del derecho de propiedad que permitía la supervivencia de tierras comunales en las aldeas y de parcelas de los campesinos junto a las tierras del señor en los feudos. La multitud y variedad de las unidades geográficas y del derecho de propiedad, sobre los que se basaba una jerarquía social piramidal, permitió la liberación de impulsos expansionistas que enseguida se manifestaron en un fuerte avance técnico, con la invención y la generalización del molino, el arado y la herradura, y en la roturación de tierras, mientras la diversidad de cultivos y ganados impulsaba un comercio que volvió a ser rentable cuando quedó restablecida la seguridad en los caminos.

Tan importante como esa sociedad agraria policéntrica fue que la fragmentación de la propiedad y el incremento de las relaciones de mercado posibilitaron el nacimiento de la ciudad medieval como próspero centro comercial, pero también de producción artesanal. Surgieron como núcleos a los pies del castillo del señor feudal, del príncipe o como sedes episcopales. Las distinguió la autonomía concedida por cartas y fueros, que fomentaba el desarrollo de un concepto especial del honor y de un derecho municipal mientras florecían las técnicas y actividades artesanas. El artesano, que domina el paisaje urbano, comienza a producir no solo para el señor sino para la demanda que se establece alrededor de los centros de poder, lo que permite el desarrollo autónomo de la producción urbana en las comunas autogobernadas que gozan así de un estatuto superior a las ciudades de la Antigüedad, dependientes de las noblezas terratenientes. Las ciudades medievales llegarán a disponer de amplia autonomía corporativa, política y militar respecto a la nobleza y a la Iglesia, que les permitirá organizar su propia defensa con mercenarios profesionales. El desarrollo de fuerzas armadas para la autodefensa exigirá de inmediato un sistema de impuestos con los que atender el mantenimiento de ejércitos permanentes, que mostrarán su superioridad sobre las huestes nobiliarias, simbolizado en el triunfo de la pica y la lanza sobre la armadura y el caballo.

Sobre ese fondo campesino, de siervos y señores, fragmentación de la propiedad, comercio, recaudación de impuestos, ejércitos mercenarios y prósperas ciudades se erige un sistema de poder caracterizado, como lo ha definido Anderson, por la parcelación de la soberanía: una clase social cuyos miembros quedan vinculados entre sí por las relaciones de dependencia, de obediencia y servicio, principalmente militar, que un hombre libre, el vasallo, debe a otro hombre libre llamado señor y obligaciones de protección y sostenimiento por parte del señor respecto al vasallo, con el efecto de la concesión del señor al vasallo de un bien llamado feudo.

Lo que interesa para la configuración de Europa es que las relaciones entre los hombres libres dan lugar a una intrínseca debilidad del poder feudal, pues el supremo poder radica siempre en un solo señor que, sin embargo, no posee derechos claros para acceder al conjunto de la población y está vinculado con otros hombres libres por formas variadas de contrato militar. El monarca es el señor de sus propios dominios, pero en el resto no

pasa de ser una figura ceremonial. Como en la economía, ningún grupo pudo monopolizar el poder político, aunque el poder de los señores feudales, como estamento o como clase social, fuera suficiente para aportar orden y estabilidad a ese mundo fragmentado al colocar bajo un señor extensas superficies. Europa se constituye así, desde su mismo origen, como un espacio policéntrico, sin posibilidad de que emerja en ella un poder ni económico ni político capaz de dominar desde un centro único esa variedad inmensa de unidades geográficas.

Este cuadro de propiedad fragmentada que dio origen a los mercaderes libres y de soberanía parcelada que fue el fundamento del policentrismo político quedaría incompleto sin introducir un nuevo sujeto, un orden o poder ideológico completamente separado, pero omnipresente, sobre el que recientemente ha vuelto a llamar la atención Michael Mann. En la Antigüedad tardía, la Iglesia pasó a ser parte de la maquinaria estatal imperial, pero al fragmentarse la soberanía, la Iglesia permaneció como institución o poder autónomo dentro del sistema político feudal al que le unió, en un primer momento, un nexo relajado. La generalización de la vida monástica, con su disciplina modelada según el esquema familiar que tiene en el control paternal del abad su piedra angular, extendió un sistema uniforme de creencias y modelos de vida en el interior de cada una de las unidades feudales. A través de los monjes y de los clérigos, y no tanto por disponer de un aparato burocrático y administrativo centralizado, la Iglesia proporcionó una difusa identidad social y cultural reforzada por su papel como guardián de la civilización, por su control sobre los lazos de parentesco y por el éxito económico que acompañó a la forma monástica de vida. Mann, siguiendo una larga tradición de estudios europeos, ha visto en esa omnipresencia de la Iglesia, además de la salvación del legado de la Antigüedad y la fuente del ansia de aprender, la razón de que la incansable inestabilidad que resultaba de la fragmentación y la parcelación de soberanía no acabase en anarquía o caos: la Iglesia aseguró una cultura y un orden normativo que extendió una identidad común en aquel mundo de unidades económicas fragmentadas y de soberanías parceladas.

En resumen, la fragmentación de la propiedad y la parcelación de la soberanía originaron redes múltiples de poder y propiedad sin que ninguno de los agentes económicos, sociales o políticos pudiera monopolizar todo el poder ya que todos sus depositarios disponían de esferas relativamente autónomas. En el dinamismo inherente a esta estructura de relaciones sociales es donde se ha visto la razón de la fase de expansión y de rápido desarrollo económico que caracterizó a la Europa feudal entre los años 1000 y 1300. Se produjo entonces, con el progreso de las innovaciones técnicas, un notable desarrollo agrícola en el que podrá sostenerse la expansión demográfica, la revitalización del comercio y el auge de los enclaves urbanos. Sobre esa doble base del progreso agrícola y de la vitalidad urbana se elevarán los monumentos estéticos e intelectuales de la Alta Edad Media.

#### MERCADO CAPITALISTA Y SISTEMA MULTIESTATAL

Fue precisamente en el momento de su mayor esplendor cuando la Europa feudal entró en una fase de crisis general, que ha dado origen a un fecundo debate entre neomalthusianos y marxistas, entre teoría demográfica y teoría de la lucha de clases. La población creciente -dice la primera- obligó

a roturar tierras marginales que con el descenso de rendimientos y las malas cosechas provocaron enseguida una crisis típica de superpoblación, campo abonado para las epidemias. El desastroso efecto de la peste negra a mediados del siglo XIV disminuyó drásticamente la mano de obra mientras la economía urbana tropezaba con obstáculos insuperables que causaron el declinar de las ciudades. En estas circunstancias, sigue la segunda, se recrudeció la lucha por la tierra con las conocidas rebeliones de los campesinos que hacen imposible volver al gran dominio. La reacción señorial ante las rebeliones campesinas sería, en esta explicación, el origen de una trasvase de poder desde las unidades feudales a las monarquías centralizadas. La nobleza se convirtió en clase frente al campesinado y a los artesanos y comerciantes, en torno a un estado del que el titular, el monarca, comenzó a reclamar la totalidad del poder, la soberanía única.

Se podría pensar también, como había señalado Strayer, que la institución del vasallaje, aunque por su propia naturaleza dispersaba los centros de poder, facilitaba sin embargo la coordinación política en torno a los principados más fuertes. El poder regio salió además reforzado, frente a la Iglesia y a sus pretensiones de imperio cristiano universal, a consecuencia de la querrela de la investiduras, que realzó la figura del rey como administrador de justicia, lo que permitió el resurgimiento del derecho y el establecimiento de las primeras Cortes de Justicia, embrión de un aparato de Estado. Los reyes se dotaron, además, de departamentos de tesoro y el establecimiento de tributos regulares impuso la presencia en el centro de poder político de una representación de los contribuyentes en forma de parlamentos. Las relaciones, sea por la guerra, sea por alianzas matrimoniales, entre unas unidades políticas cada vez más poderosas empujó en la misma dirección: anexionar terrenos e imponer una soberanía no parcelada sobre más vastos territorios.

Entiéndase como ruptura de la continuidad por crisis de superpoblación o por reacción señorial ante las rebeliones campesinas o como un proceso de evolución institucional a partir de la misma matriz feudal, acelerado por la crisis demográfica y las crecientes necesidades fiscales para hacer frente a la guerra, es lo cierto que 500 años después de que se establecieran aquellas redes de poder feudal fragmentado y de soberanía parcelada, Europa había recorrido ya un largo camino hacia la constitución de un sistema de estados. El estado moderno apareció así como parte y agente del proceso de superación del policentrismo o de la fragmentación de la soberanía hacia la centralización y la unidad. Su historia es la de una tensión entre el sistema policéntrico de los señoríos y un poder territorialmente centralizado y unitario. Ese proceso se ha basado en la afirmación de la territorialidad de la obligación política y en una progresiva impersonalidad del poder político. De acuerdo con la vieja definición de Weber, el estado es aquella comunidad humana que en el interior de un determinado territorio reclama para sí con éxito el monopolio de la coacción física legítima. El estado así definido difiere de las anteriores formas de ejercicio de poder en el grado de expansión y consolidación territorial; en un superior control de actividades sociales, económicas, culturales; en unas instituciones dirigentes formalmente separadas y en una creciente capacidad de monopolizar y concentrar medios de violencia.

Ahora bien, desde el origen mismo del estado moderno es evidente que su consolidación a largo plazo dependió de la posibilidad de obtener un flujo de préstamos que exigían un elevado tipo de interés o una garantía colateral (tierras, arrendamiento de impuestos). Como ha puesto de relieve Charles Tilly, la financiación de la guerra tuvo en este proceso de estrechamiento de vínculos entre el estado y el capital una importancia crucial: los soberanos se endeudaron de forma permanente para sostener unos ejércitos que a su vez experimentaban una profunda revolución técnica y organizativa: las unidades militares se convirtieron en una clase especializada de la comunidad; las tropas no se dispersaban después de la guerra; se fundaron las academias militares y el ejército permanente comenzó a intervenir en la represión de disturbios internos pasando a ser así uno de los instrumentos políticos más eficaces para asegurar el poder central. Los créditos de tiempo de guerra incrementaron la deuda del estado que a su vez generó burocracias de servicio y amplió y racionalizó el aparato del poder centralizado, pues la devolución de préstamos requería ingresos fiscales sobre una base segura, regular. Si los préstamos a los monarcas influyeron en el desarrollo de los mercados de capitales, la implantación de una fuente regular de ingresos fue el factor determinante en las relaciones entre el estado y el sector privado. Cada estado buscó nuevas fuentes de ingresos fiscales.

El punto crucial de este argumento es que las diferencias en las metas que alcanzaron las economías de Europa occidental entre 1500 y 1700 se debieron -según han señalado North y Thomas- a la naturaleza de los derechos de propiedad que crearon los nacientes estados como respuesta a sus crisis fiscales. El aumento de la administración centralizada y la difusión de mercancías por el territorio creó un estrecho vínculo entre capitalismo y estado. Si la matriz originaria de Europa medieval fue la fragmentación de unidades productivas en un marco de soberanías parceladas, la de la Europa moderna fue la centralización del poder político en un mercado transnacional de capitales. Podría datarse el origen del sistema multiestatal en las invasiones francesa y española de Italia. La paz de Cateau-Cambresis (1559) puso fin a las guerras Habsburgo-Valois, con el matrimonio de Felipe e Isabel, pero el sistema multiestatal se moverá siempre al ritmo de las grandes guerras. La impropriadamente llamada guerra de los Treinta Años -que con más razón debía considerarse como un episodio de la guerra de los dos siglos- fue la primera que fijó un sistema europeo de estados que llegó a incorporar a la mayoría de las potencias: el Tratado de Westfalia (1648) reunió a 145 representantes que negociaron los términos de conclusión de la guerra, reconoció la Confederación Suiza y la República de los Países Bajos; inmovilizó las divisiones vigentes entre Estados protestantes y católicos; Francia obtiene la Alsacia; Suecia se anexionó la Pomerania. Impide definitivamente la consolidación de un imperio Habsburgo e hizo improbable la expansión de ningún otro imperio en el continente.

Lo importante para la futura configuración de la economía y la sociedad europeas fue que el sistema multiestatal potenció el flujo de capital y de trabajo. Al no aceptarse ningún foco de autoridad central -ha escrito Eric Jones- no se produjo ninguna decisión centralista que impidiera el cambio, al contrario de lo que suele ocurrir en los imperios no amenazados, carentes de incentivos para adoptar nuevos métodos. Los estados de Europa, al estar rodeados de competidores, fueron un seguro contra estancamiento económico, mientras que su relativa homogeneidad cultural, legado del

antiguo ecumene católico disuelto por el ascenso del estado-nación, contribuyó a la difusión de técnicas con las grandes migraciones. Cultura, ciencia, tecnología y prácticas comerciales de las ciudades-estados italianas, Amberes, Amsterdam, Londres, pasan de una a otra. El comercio dio origen a una clase social con conexiones internacionales.

Como ya vio Otto Hintze -un autor al que nunca viene mal releer- "sin la acción del estado no surgen los mercados ampliados. Los mercados son un fenómeno concomitante del progreso en la formación del estado". Lo contrario también es cierto: si no hay mercados tampoco hay a largo plazo estado: "sólo se puede adquirir y mantener poder -argumenta Hintze- cuando al mismo tiempo se garantizan la seguridad y la protección jurídicas". Este luminoso argumento aniquila por completo la visión de una historia de Europa como una pugna secular entre sociedad y estado. En realidad, las sociedades fuertes en sus instituciones autónomas, con mercados prósperos, abundantes asociaciones voluntarias y una rica esfera para el debate público son aquellas en las que un estado con suficientes recursos ha sido capaz de mantener la seguridad jurídica de sus miembros. Las condiciones de un crecimiento económico sostenido -lo que significa, en realidad, las condiciones de una sociedad dinámica- han sido, por igual, los mercados y el sistema multiestatal, o más exactamente, como señaló Landes hace años, la empresa económica de titularidad privada en un continente dividido en estados-nación más que unido bajo un imperio ecuménico. La complementariedad de economía de mercado y sistema multiestatal fue la condición del desarrollo económico y el argumento de ese precioso libro de Jones sobre el milagro europeo. Los ingleses, que fueron los primeros en recorrer el camino que, con variantes, habrían de seguir todos los demás, hasta los rusos, lo expresaron de la forma más sintética posible: *business make kings*. Sencillamente, no es cierto en términos históricos que en Europa la relación estado/sociedad civil sea la del flujo y reflujo sino, más bien, la del crecimiento o reflujo simultáneos: "estado y sociedad han crecido juntos" ha recordado recientemente Rolf Torstendahl.

En la formación de Europa como diversidad política -estados- dentro de una relativa homogeneidad económica y social -capitalismo, sociedad capitalista- lo que interesa no es por tanto la dimensión del estado sino su constitución interna y en este punto es relevante la distinción, que viene también de Hintze, entre expansión ilimitada del poder y su intensidad y racionalidad, entre lo que Mann llama poder despótico y poder infraestructural, entre estado como aparato de control y represión social y estado como proveedor de servicios. Las sociedades que han tardado en desarrollarse como tales no son las que han sufrido un estado más fuerte en términos infraestructurales o como proveedores de servicios sino las que han sufrido la presencia de estados fuertes en poder despótico y débiles en poder infraestructural. España es, a este respecto, un caso paradigmático porque al poder extensivo de sus monarcas nunca correspondió un poder intensivo capaz de configurar una sociedad civil fuerte y homogénea.

Y eso es así porque los estados de alto poder infraestructural y bajo poder despótico, esto es, los estados con amplios recursos fiscales y baja o nula capacidad de intervención no sujeta a la ley, son los que han permitido el desarrollo del capital y garantizado un crecimiento económico sostenido. No hay explicación posible de la evolución de los estado y de las sociedades

civiles europeas desde, al menos, el siglo XVI que pueda prescindir del capital o que solo lo perciba de forma puramente abstracta como presencia de mercado. Pues no cualquier mercado, sino el mercado capitalista, esto es, basado sobre el flujo de capitales y la propiedad privada reconocida por la ley y garantizada por la fuerza del estado, es el que debe hacerse intervenir si se pretende explicar que el crecimiento de ciertos tipo de estado ha sido coetáneo en el tiempo y codeterminante en la causalidad del crecimiento de la sociedad civil. Así lo ha argumentado recientemente Charles Tilly cuando, consciente de los límites e insuficiencias de su conocida tesis sobre el *state making* como efecto de las necesidades fiscales provocadas por la guerra, ha añadido el capital y su relación con el poder político como un factor determinante de la variedad de los linajes del estado nacional.

#### DE LA DIVERSIDAD A LA CONVERGENCIA

Variedad de linajes: tal es otra de las características fundamentales de la constitución actual de Europa. De ahí que hablar de "el estado" carezca de sentido si no se distingue su configuración interna y su posición en el sistema multiestatal. Pues, y este es un dato fundamental de la experiencia histórica, la relación estado/sociedad no ha sido la misma allí donde los recursos del estado se han extraído con la activa aquiescencia de una "nación-clase" de contribuyentes que exigían a cambio representación para controlar el gasto, que allí donde el estado ha sometido a coacción desnuda a los contribuyentes, o allí donde una casta de notables han construido una zona de poder y privilegio inmune a la extracción y a salvo de obligaciones fiscales; como no lo ha sido tampoco allí donde el estado ha pretendido un poder extensivo o allí donde se ha limitado a los que Hintze llamaba la consolidación de su propia sociedad. Inglaterra, Francia, Rusia, España ¿cómo podría la historia de la relación entre sus sociedades y sus estados dejarse reducir a una trivial especulación de las tres etapas del crecimiento, cenit y decadencia del estado como proyecto moral? Ninguna especulación que reduzca a concepto la diversidad material de los procesos históricos puede decir nada que ayude a la comprensión de este complejo, diverso y, por eso, fecundo, dinámico proceso.

El capital es lo que funda la insularidad de lo económico respecto a lo político y será el diferente alineamiento institucional con la propiedad privada y con la economía insulada (por decirlo con palabras de Giddens) lo que definirá también la distinta configuración de los estados. De ahí que los procesos de formación de las sociedades y de los modernos estados-nación europeos no pueden caber en un único modelo -sea éste puramente analítico, una especie de tipo ideal, o llegue a tener incluso pretensiones prescriptivas- ni han seguido una ley de desarrollo universal. Dentro del linaje de coerción capitalizada que distingue Tilly, son muy notables las diferentes relaciones establecidas entre los monarcas y las clases sociales de las que extraían sus recursos fiscales y las diversas configuraciones del poder político a que esas relaciones dieron lugar: donde la extracción de recursos se realizó por medios coactivos sin que fuera posible oponer límites legales a una sangría siempre creciente, las sociedades quedaron empobrecidas y los monarcas, además de reducir el poder de los parlamentos, aseguraron a largo plazo la estrepitosa quiebra del estado: España vuelve a ser modélica desde que, como demostró Carande, Carlos V esquilmará a los pecheros



castellanos cegando así la fuente de futuras rentas y condenando al estado a bancarrotas periódicas. Inglaterra sería el mejor ejemplo contrario: el pacto entre las clases propietarias y la monarquía, simbolizado en el *settlement* al que se llegó tras la Gloriosa Revolución, al poner límites legales y controles institucionales a la capacidad de extracción, aseguró con la prosperidad social la solidez de un parlamento de notables y, a la larga, la fortaleza del estado. Gran Bretaña llegó al siglo XIX como el más poderoso estado europeo precisamente porque su fortaleza se basó en el mayor desarrollo posible de la sociedad como sociedad capitalista industrial en un estado fuerte en poder infraestructural aunque el más débil de todos los europeos en poder despótico.

En este sentido, habría que recordar que el estado liberal del siglo XIX no representa en modo alguno una fase de reflujo frente a un mayor crecimiento relativo de la sociedad civil. Como Tocqueville pudo apreciar ya perfectamente, la revolución francesa y Napoleón inauguraron una fase de más, no de menos, estado que Luis XVI. Incluso en Gran Bretaña, que durante el siglo XIX dobló su producto interior bruto cada 20-25 años en un periodo de expansión económica sin precedente, el tamaño del estado no quedó a la zaga, a pesar de que desde el fin de las guerras napoleónicas se abrió un periodo relativamente pacífico y los gobiernos liberales o conservadores no eran los más proclives al incremento del gasto público. Por lo demás, las grandes potencias liberales fueron estados imperialistas y dispusieron de presupuestos muy superiores, en términos relativos y absolutos, a los que pudieron manejar los estados absolutos. El estado británico, de muy bajo poder despótico, estado liberal donde los hubiera, había construido a fines del siglo XIX una marina de guerra que representaba el 50 por ciento de toda la fuerza naval del mundo, manteniendo así una tradición que databa al menos de 1700.

El liberalismo hizo crecer la dimensión del estado para que cumpliera de forma eficiente las tareas que Adam Smith le había atribuido con objeto de garantizar la prosperidad mercantil aunque tales tareas, a finales del siglo XIX, incluían la construcción de poderosas armadas para la defensa del poder imperial. La aparición de lo que McNeill ha llamado el primer complejo militar-industrial del mundo moderno, en la Gran Bretaña de los años ochenta del siglo pasado, fue posible tras la aprobación por el parlamento de un crédito extraordinario destinado a impedir la pérdida de la supremacía marítima: militares, periodistas, financieros, trabajadores y empresarios de los astilleros participaron en la agitación política que condujo a la decisión del parlamento. La política pública y la privada -ha escrito McNeill- quedaron irremediabilmente entrelazadas, lo que por lo demás venía exigido por la misma naturaleza del capital, que no pertenece por completo al ámbito de la sociedad ni es del todo del ámbito del estado: no hay moneda fuerte sin un poderoso banco central que la respalde, lo que implica que, a través del capital, la relación entre estado y sociedad sea elusiva, que no conozca, ni pueda conocer, una frontera fija, bien delimitada. De ahí que sea imposible entender el siglo XIX si se tiene como una fase de reflujo estatal frente a un crecimiento de la sociedad civil que habría reemergido tras la fase absolutista de crecimiento estatal ante lo que podría considerarse un reflujo de la sociedad civil. Los grandes estados nacionales del siglo XIX, estados liberales a la par que capitalistas e imperialistas, eran significativa-mente más poderosos que los estados absolutistas de los siglos XVI a XVIII: la enorme

diferencia en capacidad de movilización de recursos y de destrucción que media entre la guerra de los Treinta Años, las guerras napoleónicas y la Gran Guerra de 1914 es buena prueba de ello.

El estado creció, pues, en la medida en que la sociedad mercantil (más propiamente, el capitalismo) se expandió y en que sus dirigentes pretendieron afirmar su poder en el marco de un sistema multiestatal. Y ese marco, más que la evanescencia de un ideológico proyecto moral, es lo que ha cambiado de modo sustancial en las últimas décadas, impulsando el más reciente proceso de la formación de Europa que de la soberanía parcelada feudal, pasando por la soberanía centralizada en un sistema multiestatal competitivo y en guerra continua por la supremacía continental y mundial, parece desembocar en una comunidad de estados sobre la base de una cesión parcial de soberanía de cada unidad estatal. La guerra total -una segunda guerra de los treinta años, como la ha definido Mayer- del siglo XX ha vuelto irrelevante para todos los estados europeos la competencia inaugurada por las guerras entre los Habsburgo y los Valois y no finalizada hasta la guerra entre el Reich alemán y los imperios británico, francés y ruso por una supremacía global. El fin de la guerra entre potencias ha permitido que los estados puedan dedicar una parte más considerable de sus presupuestos a reforzar su función como proveedores de servicios sobre la secularmente destinada a asegurar su defensa o su poder extensivo.

El desplazamiento en esa dirección se produjo sobre todo como consecuencia del enorme esfuerzo fiscal y la consiguiente intervención en la sociedad que exigieron las dos largas guerras mundiales y la crisis general del sistema capitalista de 1929. En el curso de esos treinta años fue cuando los estados adquirieron la dimensión que ahora nos resulta familiar y se atribuyeron tareas que antes habían quedado al margen de su competencia: producción masiva de armamentos y provisiones para los ejércitos, intervención en los transportes para asegurar el desplazamiento de las tropas, grandes infraestructuras de comunicaciones, sanidad, etc. La identificación del estado con la nación bajo el impacto de la guerra es la entraña misma de la historia europea del siglo XX.

Esa compleja historia, esa variedad de linajes, que ha dado lugar a diferentes tipos de estado, de sociedad y de relación entre ambos, se ha unificado progresivamente a partir de la segunda guerra mundial. Pero eso ha sido así porque la gran crisis europea y mundial abierta en 1914 ha obligado a todos los estados a recurrir, para sobrevivir en un periodo de suprema tensión, de guerra total, de globalización económica y de crisis general del sistema capitalista, a las mismas o muy similares recetas. Las dos grandes guerras y la crisis de 1929 han transformado por completo la historia de la configuración interna de los estados europeos y de la posición relativa de cada uno de ellos en el sistema multiestatal y las ha unificado hasta el punto de que sólo los que entonces adoptaron las fórmulas correctas han podido no ya mantenerse a la cabeza como potencias mundiales, lo que era imposible tras la irrupción de Estados Unidos en la escena mundial sino, más sencillamente, sobrevivir.

¿Cual fue esa fórmula a la que todas las sociedades y todos los estados recurrieron europeos recurrieron y que ha configurado la más reciente historia de Europa? Pues lo que Charles Maier ha bautizado como *recasting* de la Europa burguesa, esto es, el acuerdo social y político por el que la

"nación burguesa" del siglo XIX se convierte en "democracia nacional" del siglo XX: todos contribuyen, todos son ciudadanos, todos son beneficiarios de idénticos servicios. No se trata de un proyecto moral, ni de un mito estatificador. Es Keynes, es el liberalismo deviniendo democracia, es el socialismo deviniendo socialdemocracia: es liberales y socialdemócratas gobernando, juntos o separados, pero sobre un consenso básico, sus respectivos estados, algo inconcebible en el siglo XIX.

Los años ochenta de nuestro siglo, con el triunfo de las políticas neoliberales, señalaron quizá un punto de inflexión en el curso de la historia de los estados y las sociedades europeos de posguerra. Algunos autores se han dado prisa en anunciar un inmediato declive del estado-nación ante la aparición de comunidades políticas supraestatales. Desde otro punto de vista podría argumentarse que, a pesar de los cambios de política, la dimensión del estado -en términos de porcentaje del gasto público en la renta nacional- no ha sufrido ninguna merma durante la década del triunfo neoliberal y de consolidación y ampliación de la Comunidad Europea ni siquiera en los estados con más arraigada tradición liberal y donde fue más notoria la reacción conservadora, como Gran Bretaña. Lo mismo cabe decir de Estado Unidos: a pesar de las promesas de reducir el poder del gobierno federal y el gasto estatal, la política del presidente Reagan provocó un déficit fiscal sin precedente y aumentó el poder de algunos organismos federales. Parece, pues, que lo que está ocurriendo bajo nuestra mirada no es una ofensiva a la dimensión ni al poder del estado sino, más modestamente, un cambio de políticas determinado en buena medida por las mismas causas que han contribuido hasta ahora al crecimiento del estado.

Visto a largo plazo, y comparando gasto público, lo que parece estar ocurriendo es que al desaparecer un sistema multiestatal competitivo y en estado de guerra permanente, como fue el propio de los estados absolutistas de los siglos XVI-XVIII y de los liberal/imperialistas hasta el fin de la segunda guerra, a la par que desciende en términos relativos la parte del gasto destinada a defensa se vuelve también obsoleto el tipo de intervención estatal propio de las economías de guerra. El estado deja de ser productor, retrocede como agente económico y no carga con industrias o empresas de servicios que no requieren su presencia. Suelta así un lastre con el que llenó sus bodegas por las exigencias derivadas de la Gran Guerra, de la crisis general del capitalismo que estalló en 1929 y de la inmediata Segunda Guerra Mundial. De no haber sabido desprenderse a tiempo de esas tareas vendría el hundimiento de los estados socialistas y de ahí el cambio de política en los estados de bienestar, que transfieren al sector privado la titularidad de empresas públicas. Mientras este proceso tiene lugar en el interior de cada estado, en sus relaciones hacia fuera adquieren un nuevo poder los agentes transnacionales y se consolida la Unión Europea. Pero este es un proceso abierto cuyo futuro parece imposible predecir.

\* \* \*

REFERENCIAS. Este artículo aprovecha, a veces de forma literal, algunos de los materiales recogidos para el seminario "La formación de Europa" que dirijo en el Centro Ortega y Gasset. De esos materiales es obligado citar, porque de ellos he tomado libremente algunas de las hipótesis aquí desarrolladas, los siguientes:

- Anderson, Perry, *El Estado absolutista* (precedido de *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*) Madrid, Siglo XXI, 1979.
- Aston, T. H. y C.H.E. Philpin, eds., *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. Barcelona, Crítica, 1988.
- Baechler, Jean, John A. Hall y Michael Mann, eds., *Europe and the rise of capitalism*, Oxford, Blackwell, 1988.
- Brunner, Otto, *Estructura interna de Occidente*, Madrid, Alianza, 1991.
- Gerhard, Dietrich, *Old Europe. A study of continuity, 1000-1800*, Nueva York, Academic Press, 1981.
- Giddens, Anthony, *The Nation-State and violence*. Cambridge, Polity Press, 1995.
- Hintze, Otto, *Feudalismo y capitalismo* (recopilación de Gerhard Oestreich). Barcelona, Alfa, 1987.
- Jones, Eric, *El milagro europeo*, Madrid, Alianza, 1991.
- Landes, David S., *The Unbound Prometheus*, Cambridge, University Press, 1969.
- Maier, Charles S., *La refundación de la Europa burguesa*. Madrid, Ministerio de Trabajo, 1988.
- Mann, Michael, *The sources of social power*, vols. I y II, Cambridge, University Press, 1986 y 1993.
- McNeill, William H., *La búsqueda del poder*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- McNeill, William H., *The shape of European history*, Oxford, University Press, 1974.
- North, Douglas C. y Robert P. Thomas, *El nacimiento del mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1978 .
- North, Douglas C., *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid, Alianza, 1981.
- Strayer, Joseph R., *Sobre los orígenes medievales del Estado moderno*. Barcelona, Ariel, 1986.
- Tilly, Charles, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid, Alianza, 1992.
- Tilly, Charles, ed., *The formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1977.